



3





**UN LIBRO PARA MIS HIJOS.**





# BREVES PÁGINAS

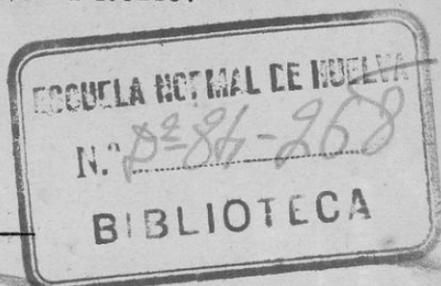
DEDICADAS A LA

# EDUCACION MORAL

DE SUS HIJOS,

POR EL

DR. D. FRANCISCO ALONSO Y RUBIO.



MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO, GRAVINA, 21,  
á cargo de D. F. Gamayo.

1862.

*Esta obra es propiedad de su autor.*

## A MIS QUERIDOS HIJOS.

---

Os dedico este libro, fruto de los brevísimos ratos de ocio que me deja el ingrato ejercicio de mi profesion. En él encontrareis semilla de buena doctrina y de sanos principios de moralidad y de justicia, que quisiera quedasen grabados de un modo indeleble en vuestra alma. Hallareis tambien en él algunos importantes problemas que fácilmente os ofrecerán las vicisitudes de la vida, y cuya solucion os ahorrará muchas meditaciones y vigiliass; y será, segun creo, para vosotros de provechosa enseñanza. Leedle, hijos míos, con atencion, y que la semilla que yo he sembrado fructifique en vuestro corazon y vuestra inteligencia, y os sirva para amar el trabajo y la virtud, para ser fieles á vuestros deberes así morales como sociales, para llevar con resignacion cristiana los males y adversidades de la vida, y esperar con fé la proteccion que la Providencia concede á los hombres de buena voluntad.

Y VOSOTROS, AMADOS PADRES,

Aceptad este libro que he consagrado á la enseñanza moral de mis hijos: los principios doctrinales y sentimientos en estas breves páginas consignados no me pertenecen; son vuestros, y cumplo un deber sagrado al manifestarlo solemnemente. Recibid esta humilde ofrenda como expresion de mi profunda gratitud á vuestros beneficios, y como testimonio de que vivís y vivireis siempre en la memoria de vuestro reconocido hijo.

F. ALONSO.



## PROLOGO.

---

Este breve y desaliñado trabajo literario que dedico á la educacion de mis hijos, le habia escrito con el único objeto de que pudiera servir para la ilustracion de su inteligencia, y para que tuvieran un guia, un faro donde dirigirse, al caminar por los espinosos senderos de la vida. Pero al participar á algunos de mis ilustrados y leales amigos mi pensamiento, y al leerles el mayor número de los artículos que tenia escritos, me indicaron unánimes el deseo de que los diese á luz, y he cedido á su consejo y benévolas escitaciones.

La principal causa que me movió á ocupar mis ratos de ocio, durante el pasado invierno, en tan grata aunque mal desempe-

ñada tarea, fue el convencimiento que tenía de la falta de libros de educación, acomodados á las diversas edades. Abundan los destinados á la educación moral y religiosa de la infancia: algunos se han publicado en nuestro país estos últimos años, muy recomendables por su sana doctrina, buenos ejemplos, y la acertada y hábil elección de los hechos referidos para su enseñanza. Pero echaba de menos libros para la juventud, que estuviesen en armonía con el desenvolvimiento de su inteligencia, con las necesidades naturales ó facticias que se desarrollan en ese período de la vida, que reclaman ser satisfechas con cierta limitación, y los peligros que consigo llevan la vehemencia de las pasiones y la falta de saludables escarmientos. Y ciertamente, á nadie puede ocultarse que si es de absoluta necesidad sembrar buena semilla, rodear de buenos ejemplos y producir gratas y buenas impresiones en la inteligencia virgen del niño y en su bello y candoroso

corazon, no es de menos importancia continuar esta educacion moral é intelectual en la juventud; procurando á favor de ella desenvolver sus facultades intelectuales, y dirigir sus sentimientos hácia un fin moral, haciéndoles amable la virtud y odioso el vicio. Intentando llenar este vacio, creí que este libro debia comprender cuatro secciones: la primera se dirige á arraigar y robustecer las creencias religiosas, tan vacilantes en nuestros dias, y á disipar la duda que tantas amarguras produce, tantas cuitas ocasiona al alma de quien se ve precisado á bogar sin timon en el piélagó de la vida, y á sufrir los efectos del mal y del dolor sin el consuelo de la religion. La segunda tiene por objeto inculcar los deberes morales, en una época en que tan alto se proclama el derecho en todos los terrenos, sin tener en cuenta que su ley de equilibrio en la conciencia humana es el deber, y que en la balanza de la justicia tanto debe pesar uno como otro; pues

si el uno es necesario á la dignidad del hombre, el otro es asimismo indispensable al órden, así moral como social: y además, abrigo la conviccion de que la religion que no está cimentada en el cabal conocimiento de los deberes y en una rígida y severa moral, fácilmente se convierte, siendo tan bello y divino sentimiento, en fanática supersticion ó en odiosa hipocresia. La tercera se refiere á indicar y describir los abominables vicios, así individuales como sociales, que acarrean males sin cuento, envenenan nuestra existencia, y son una de las mas temibles plagas en los actuales tiempos. La salud de los individuos, la tranquilidad de las familias y el buen órden de las sociedades están altamente interesados en desenmascarar estos detestables vicios, que todavia se ocultan con el velo de una mentida bondad, ó con el pretesto de una utilidad frívola y baladí. La cuarta contiene unos brevísimos pero meditados estudios sobre la naturale-

za; desenvolviendo en concisos y amenos cuadros los principales meteoros y objetos de la naturaleza; inclinando á los jóvenes á estudiar sus bellezas, á observar sus halagüeños y variados paisajes, é infundirles el amor á todo lo creado, considerándolo bajo su verdadero punto de vista, como hechura de la suprema inteligencia de un Ser infinito y perfecto.

Este ha sido el sencillo plan que me propuse, y que he procurado realizar con buen deseo, aunque con humildes y menguadas dotes. Espero que este modesto trabajo, hecho sin otras pretensiones que las ya mencionadas, no será estéril para la enseñanza de mis hijos; y que será juzgado con indulgencia por el público, y particularmente por los literatos, que tal vez pudieran calificar de atrevida la pretension de invadir su terreno á quien no tiene ningún título para hacerlo, sin contar antes con su ilustrada tolerancia y escesiva benevolencia.



# **PARTE PRIMERA.**

---

## **MEDITACIONES RELIGIOSAS.**





## **La existencia de Dios.**

No pidais, hijos míos, á la filosofía que robustezca vuestra fé sobre esta creencia encarnada en el género humano; ella no os ofrecerá mas que dudas, y el fatal influjo del escepticismo dejará postrada vuestra inteligencia y marchito vuestro corazón. Cuando querais pensar sobre esta eterna verdad, concentraos; penetrad en el santuario de vuestra razón y de vuestra conciencia, libres de toda preocupación, y sin que produzca presión en vuestro ánimo ningún género de opiniones ni de autoridad, y hallareis, á no dudarlo, la sanción de vuestra creencia. Contemplad el orden admirable del universo, el movi-

miento de los astros, el curso regular de las estaciones, el flujo y reflujo del mar, la constante reproducción de las especies, conservándose los tipos invariables como en las primitivas generaciones, la sorprendente diversidad de los individuos en medio de su unidad específica, y os asombrará el conjunto, y os anonadará la idea de grandeza y de armonía que preside á la obra de la creación. Ved cómo esas grandes masas luminosas que giran en el espacio siguen el camino que les ha sido trazado; cómo el Océano, pacífico unas veces, borrascoso é imponente otras, rompe sus plateadas y espumosas olas en la valla que forman los continentes, sin que traspase nunca su límite; cómo las aguas que proceden de la inmensa evaporación de los mares se elevan en la atmósfera, y de allí, bajo determinadas condiciones de temperatura y presión, descenden, bajo la forma de lluvia ó nieve, á regar y fecundar nuestros campos; cómo los continentes están armónicamente divididos en valles, cuencas y cadenas de montañas, á cuya sorprendente

disposicion debemos , no solo la belleza en la arquitectura terrestre , sino tambien que las llanuras estén siempre provistas del agua bienhechora que es elemento indispensable de vida ; ved cómo los torrentes , que por efecto de la licuacion de las nieves ó de las repetidas lluvias , bajan de las sierras , y forman arroyos que , unidos á otros , constituyen rios y conducen al Océano el caudal que la evaporacion le ha sustraído , reparando sus pérdidas , sin que á pesar del trascurso de los siglos haya sufrido menoscabo ; ved cómo los variados y magníficos paisajes del crepúsculo y de la aurora se reproducen con encantos siempre nuevos ; cómo la primavera vivifica la naturaleza y nos ofrece inmensa multitud de flores , que recrean nuestros sentidos con sus bellos y vivos colores y gratos aromas ; cómo el estío produce los frutos , ofreciéndonos con ellos sabroso y agradable alimento ; cómo la prodigiosa multitud de aves que pueblan el aire nos distraen y embelesan con sus armoniosos cantos ; y desenvuelto este magnífico cuadro á vuestra vista , decidme

si podeis dudar de la existencia de Dios. El órden supone una causa ordenadora, y el que rige al universo no puede ser efecto del acaso, sino de una suprema inteligencia. Pero ademas de ser este el grito de vuestra razon, consultad con vuestro sentimiento; y en él encontrareis un nuevo y firmísimo apoyo de la verdad que habeis conquistado con vuestra inteligencia. Por privilegiado que sea vuestro talento, le encontrareis siempre limitado; por grande que sea la belleza que admireis en los objetos sensibles, ninguno hallareis absolutamente perfecto; por holgada que sea vuestra posicion, siempre tendreis que suspirar por algun deseo no realizado; por mucho que os haya favorecido la fortuna para hacer vuestra felicidad, siempre sentireis dentro de vosotros mismos un vacío que no llena ninguno de los bienes que conoceis. Este sentimiento os conducirá necesariamente á buscar en vuestras aspiraciones otro bien, otra felicidad superior á la ya conocida; y esta no puede existir mas que en Dios, conjunto de toda perfeccion, verdad y belleza.

Así que, hijos míos, bajo cualquier punto de vista que considereis este problema, hallareis la misma solución: *Dios existe*. La obra de la creación le revela; los ángeles cantan su gloria; el hombre de todos los siglos y países le bendice y adora.

## **Inmortalidad del alma.**

El hombre es una inteligencia servida por órganos, según la sublime definición de M. Bonal. Unos están destinados á la conservación del individuo, y otros á servir de instrumentos á las facultades intelectuales y sensoriales. Ningun sistema filosófico ha podido explicar hasta ahora, por la materia, el pensamiento: este es el hecho misterioso, el problema sin solución, la incógnita eterna ante la cual se detienen y se han detenido cuantos han querido penetrar en el tenebroso terreno de la naturaleza del hombre. La idea es hija del cielo, y no puede pertenecer á la materia: se alberga en la razón humana, y esta es

representacion de la razon de Dios. Digan lo que quieran los filósofos materialistas, el espíritu es un elemento, sin el que no puede explicarse el hombre. Preguntad, hijos míos, al comun sentir del género humano, y encontrareis que desde la infancia de la humanidad el hombre se ha puesto en relacion con seres misteriosos superiores á él; que ha ido en pos de las verdades absolutas; que ha admitido los eternos principios de justicia; que ha santificado la virtud y reprobado el vicio; que ha cantado las acciones heróicas; que ha creído despues de la muerte en un Eden para los buenos y en un sitio de expiacion para los réprobos. Y esta creencia ha nacido con el género humano; es de todos los siglos, de todos los paises, de todas las épocas históricas. Observad asimismo cómo todos los pueblos, cualquiera que sea su civilizacion, respetan la memoria de los muertos y tributan cierta especie de culto á sus cenizas: este homenaje, así del hombre salvaje como del civilizado á los que ya no existen, á los que se hallan cubiertos por la fria losa del sepulcro, no

puede ser interesado, ni efecto de vanidad mundana; es universal, como la creencia en la inmortalidad del hombre. Y si el hombre es inmortal, ¿cómo ha de serlo sino por el espíritu? El cuerpo, como material, aunque animado de vida, nace, crece y se desenvuelve con arreglo á la ley de su evolucion: cuando ha adquirido el complemento de su desarrollo, cuando ha llegado al apogeo de su vigor, comunica su vida á otros seres análogos, dejando en pos de sí una nueva generacion: sujeto, como los demás seres creados, á las influencias generales, se gastan sus órganos en el ejercicio habitual de las funciones, sus fuerzas se consumen, áun sin contar con el deterioro que en ellas producen las enfermedades; y de esta manera pasa breves dias en esta mansion terrestre, hasta que cesa su frágil existencia. El cuerpo, despues de la muerte, queda sometido al influjo de las leyes físicas y químicas, y sus elementos se disgregan; los que son volátiles, van á la atmósfera, y los sólidos se quedan en la tierra, que es su comun receptáculo. Ninguno de

estos elementos se pierde: por una admirable ley de reparacion, vuelven á entrar en nuevas combinaciones químicas y á servir de alimento á otros seres orgánicos, realizándose de este modo en el órden material el sublime pensamiento de los pitagóricos. El espíritu del hombre no puede descomponerse; no está sujeto á la corrupcion ni á influencias químicas; abandona la grosera corteza en que estaba envuelto, y como la mariposa que rompe el capullo donde la crisálida ha vivido en una especie de sueño, vuela á la mansion de los espíritus á unirse con su Creador. Decidme si no: ¿por qué el hombre ama tan apasionadamente la gloria póstuma? ¿Por qué corre desalado tras de la inmortalidad de su nombre, sin reparar en ningun género de sacrificios ni de privaciones, sin pensar en los peligros y serios compromisos que llevan consigo las acciones nobles y heróicas? ¿Por qué en aras de la virtud, del amor patrio, llega hasta despreciar la muerte? Si el hombre no tuviera el convencimiento de su inmortalidad, no se comprende que así se afanase

por la gloria de su nombre, por el respeto y la consideracion de la posteridad. Por otra parte, el hombre siente dentro de sí mismo la aspiracion de buscar lo absoluto, lo infinitamente perfecto; admira la belleza, la bondad y el talento; considera todo lo que es respetable; encomia todo lo que es digno de alabanza; pero nada le satisface: las aspiraciones de su razon y de su corazon son infinitas, y no pueden hallar saciedad en esta terrestre morada, donde todo es limitado y finito. Seria, pues, el mas desgraciado de los seres si estas aspiraciones no tuviesen cumplida satisfaccion, si no se realizasen despues de esta vida mortal; correria siempre tras de una sombra, y sufriria el mas cruel y amargo desengaño. No: Dios no puede ser injusto con el hombre; no puede engañarle; no puede darle aspiraciones que no han de cumplirse: tendríamos una idea indigna del Ser infinito si diésemos acogida en nuestra razon á tan innobles pensamientos. La Providencia ha querido, durante esta vida perecedera, probar nuestra virtud; ha querido saber los qui-

lates de nuestro mérito; ha querido, por último, que conquistemos, luchando con las malas pasiones, la palma del triunfo, la eterna felicidad que nos reserva en la otra vida. Creedlo así, hijos míos: de este modo se os hará llevadero el trabajo, tolerable el dolor, y sufrireis con resignación la muerte el día que esté decretada para vosotros en el libro de vuestro destino.

## **La Providencia.**

---

*Digitus Dei est hic.*

Dios, al crear el mundo, estableció leyes destinadas á su conservacion: en el órden físico, estas son inmutables, y todos los seres se subordinan á ellas, sin que esté en sus facultades poder infringirlas. En el órden moral no sucede así: el hombre tiene la alta facultad de la razon, que es la antorcha de su inteligencia, y la conciencia, juez inexorable de sus acciones; pero al mismo tiempo está dotado de libertad, don del cielo, que le hace dueño de sus obras y responsable de ellas. Como ser libre, puede adoptar la verdad ó el error, seguir la senda de la virtud ó del vicio, cumplir la ley moral ó infringirla. En este sen-

tido, Dios, en su infinita sabiduría, no puede abandonar al hombre á los azares de la suerte y de su caprichosa voluntad. Si la humanidad tiene algun destino en la tierra, si ha de cumplir alguna sublime mision en armonía con el pensamiento divino, no puede menos de protegerla, velar por su bien, corregir sus extravios, y darle elocuentes lecciones de moralidad en diferentes acontecimientos de la vida social; grandes enseñanzas que han sido consignadas en la historia y permanecen en ella con caracteres indelebles, demostrando que no se falta impunemente á los deberes morales. Considerad, por otra parte, hijos míos, la solicitud paternal con que Dios ha atendido á todas nuestras necesidades; el agua que riega y fertiliza nuestros campos en épocas regulares; el sol que hace germinar las semillas y sazona los frutos; el inmenso número de pescados que habitan los mares y nos sirven de alimento; la infinita multitud de animales de diversas especies que pueblan los continentes, y sin los que no podríamos reparar nuestras pérdidas y conservar nues-

tra vida; los que se muestran dóciles á nuestra voz, y que tanto nos ayudan á sobrellevar el trabajo; las plantas de virtudes medicinales, y que utilizamos para la curacion de nuestras enfermedades, son otras tantas pruebas de la previsora vigilancia de la Providencia para el hombre. Echad una ojeada á las diferentes zonas geográficas, y vereis que nacen en ellas y se multiplican los vegetales y animales que pueden ser de mas provecho para nuestro alimento, y mas útiles para el trabajo: el rengífero en el Norte, para atravesar terrenos cubiertos de hielos y nieves; el camello, animal sóbrio, para viajar por los ardientes arenales de Africa; los solípedos, para nuestros paisés meridionales. Ved cómo el cocotero refresca con su fruto los ardientes labios del americano; la palmera provee de azucarado y sabroso alimento al árabe; el naranjo y limonero extinguen la sed del que vive en nuestras provincias orientales: ved cómo las plantas gramíneas ofrecen al hombre el inmenso tesoro de sustancia alimenticia que necesita para su conservacion: el arroz en la In-

dia, el maiz en América, el trigo en Europa. Llevad mas allá vuestra consideracion, y observad la suma de felicidad que cada hombre disfruta con arreglo á su posicion social, fortuna y demas circunstancias; y aunque á primera vista os parezca que hay una desigualdad aparente en la distribucion de bienes y males, penetrad en el fondo, no os detengais en la superficie; y os convencereis de que el bien y el mal han sido repartidos con la posible equidad, y de un modo que acredita la justicia divina. Y siendo cierto lo que llevamos expuesto, de la predileccion que ha merecido el hombre entre los seres creados, y de la exquisita delicadeza con que han sido atendidas sus necesidades, ¿será lícito dudar de que Dios protege, y vela por la suerte de la humanidad, dirigiéndola con celo paternal por la senda que conduce á su destino? No, hijos mios: abrid el libro, por tantos títulos respetable, de la historia de la humanidad, y encontrareis que siempre ha habido entre los diferentes pueblos, uno que sea el depositario de la verdad santa, de la unidad de Dios y de su ley



moral: en los antiguos tiempos, el pueblo hebreo; en los modernos, el cristiano. Nunca han faltado, en la larga serie de siglos que la humanidad tiene de existencia, apóstoles encargados de predicar la verdad y de comunicarla á los demas pueblos, así la religiosa, como la moral y filosófica. Cuando un imperio ha envejecido entregado al sensualismo, sumido en la corrupcion y en el inmundo fango de las malas pasiones, otro pueblo le ha vencido; se ha sentado sobre sus ruinas, y ha introducido nueva sávia en él, dando origen á otra distinta civilizacion. La decadencia y ruina del imperio romano por los bárbaros del Norte, y el significativo nombre que se daba á sí mismo Atila, *azote de Dios*, son un elocuente ejemplo de que hay un poder superior al débil y efímero de los hombres, que dispone de la suerte de las naciones, de su prosperidad ó adversidad. No necesito, hijos míos, acumular mas pruebas para persuadiros de que si bien la humanidad sigue en su desenvolvimiento la ley que le impuso el Creador, este, como buen Artífice, no aban-

dona su obra y vela por su conservacion, amparando á los pueblos que defienden los fueros de la razon y la justicia, y derribando con su divino soplo á los que desconociendo la ley moral, y faltando á sus deberes, se entregan sin freno á sus pasiones y á un brutal y lamentable sensualismo.

### **Necesidad de la religion.**

Ha dicho un hombre célebre, que si no hubiese Dios seria necesario inventarle: ¡tan arraigado estaba en su ánimo el convencimiento de que ni el hombre ni las sociedades pueden vivir sin religion! Sí, hijos míos: como el cuerpo necesita el habitual alimento para la conservacion y reparacion de los órganos, el alma, que vive de ideas y sentimientos, necesita un centro hácia donde se dirijan; y este no puede ser otro que Dios, inmenso Océano de luz y de amor, fuente de donde emanan nuestros humildes pensamientos y afecciones. Aunque de facultades limitadas nuestra alma, sus aspiraciones son á lo

infinito , á lo perfecto ; no se satisface con la conquista de verdades relativas : despues de haber encontrado unas busca otras , y abstrayéndose cada vez mas, se encamina á lo absoluto ; y su pretension , aunque quimérica , es incesante , sin que la desaliente en su tarea el ver que es un sueño nunca realizado. Su amor tiene dulce y grata expansion en los afectos que naturalmente se desenvuelven en el seno de la familia y de la amistad ; en socorrer al desvalido ; en amparar al huérfano ; en educar al que carece de instruccion ; pero nunca se satisface , y busca lo que el mundo no puede ofrecerle , la infinita perfeccion. No solo tiene estas aspiraciones , que tanto la enaltecen y que demuestran su noble origen ; sino que ademas , al contemplarse á sí misma y á los demas seres del universo , llena de humilde respeto conoce su dependencia y el agradecimiento que debe á Dios. Este es , á no dudarlo , el fundamento de la religion : de manera que esta no solo es un sentimiento , es tambien una idea sublime , nacida de la existencia de Dios y de las

relaciones que nuestra alma tiene con él, como hechura de su poder y divina bondad. Por esta razon todos los hombres, cualquiera que sea su creencia y la forma de su culto, son religiosos: lo son todos los pueblos, así los que conocemos, como los que viven en las mas apartadas regiones; así los civilizados como los incultos y salvajes; lo son todas las razas humanas, y lo han sido en las diferentes épocas históricas. La religion es, pues, una necesidad del corazon como del entendimiento: en el curso de nuestra vida, en los dias de adversidad como de bonanza; cuando la fortuna nos sonrie, y cuando nos arranca amargas lágrimas; cuando vivimos en una apacible tranquilidad, y cuando el huracan zumba en nuestros oidos y esperamos tristes acontecimientos; cuando no nos asalta ningun temor, y cuando nos rodean serios y graves peligros; en todas las situaciones, en todos los instantes prósperos ó aciagos, recurrimos á Dios implorando su clemencia, agradeciendo sus beneficios, y suplicándole enjugue nuestras lágrimas, calme nuestras

congojas y nos consuele en nuestras aflicciones. Cuando sufrimos la pérdida de uno de los objetos mas queridos de nuestro corazon, un deudo, un amigo; cuando repentinamente se menoscaba nuestra fortuna, siempre que sobre nosotros pesa la injusticia de los hombres, sale un grito de nuestro corazon, un ¡ay! que se dirige á Dios. Y sin este consuelo, sin esta expansion del alma, ¿qué seria del hombre? ¿Quién nos daría fortaleza en la desgracia, resignacion en la enfermedad, moderacion en los goces, templanza en la prosperidad?

Sí, hijos míos: arraigad en vosotros este sentimiento que las madres saben inspirar en la cuna, levantando los ojos al cielo para bendecir vuestro candor y vuestra inocencia; que se desenvuelve despues en mayor escala con el ejemplo de vuestros mayores, y que crece y echa profundas raices cuando se entra en la edad de la razon, y se tocan los inconvenientes y ventajas de la vida social.

Pero á pesar de que os encarezco tanto la importancia de la religion, huid de la supersti-

eion y del fanatismo; no os vistais con la máscara de la hipocresia; no hagais lo que los fariseos, que limpiaban lo exterior del vaso sin curarse de la suciedad que pudiera tener por dentro. La religion no consiste en hacer ostentacion de fé y de virtud, sino en procurar con la mejor voluntad cumplir la ley de Dios; en amarle y amar á los hombres como hermanos. «No hagais con los demas lo que no quisiérais que hiciesen con vosotros: haced con los demas lo que quisiérais que hiciesen con vosotros.» Esta es la ley y los profetas, como decia Jesucristo: observando esos solemnes preceptos, se cumple la ley de justicia y la ley de caridad.

Sed tolerantes con los que no profesen vuestras creencias: si hay algo que merezca respeto entre los hombres, es la conciencia, y esta no debe nunca violentarse; si quereis hacer prosélitos, hacedlos como los hacia Jesucristo, con la predicacion, llevando á los ánimos el convencimiento que produce la razon expresada elocuentemente y el amor puro de la verdad.

La religion , hijos mios , considerada y practicada del modo que os acabo de manifestar , hará dulces y apacibles los breves dias de vuestra peregrinacion en la tierra , y os dará la eterna felicidad despues de la muerte.

## **Fundamento de la revelacion.**

Ya en otra ocasion, hijos mios, os he hablado de la debilidad humana, y de la expiacion á que estábamos sujetos cuando faltábamos á la ley moral: tambien las naciones y los pueblos, como seres colectivos, sufren lamentables extravíos y se cumplen en ellos grandes y severas expiaciones. El diluvio, el incendio de los pueblos de Gomorra y Sodoma, las plagas de Egipto, la ruina de Jerusalem y la destruccion del imperio romano, son hechos elocuentes consignados en la historia de la humanidad, que prueban la verdad que os acabo de manifestar. Abandonada á sí misma la razon humana, y oscurecida por el fatal influjo de las

malas pasiones, el interes, la ambicion, la sensualidad y otras no menos bastardas, camina como buque sin piloto, perdiendo su verdadero norte, que es la justicia, y naufraga frecuentemente quedando sumergida en un piélago de errores, de excéntricas ideas, de absurdos delirios y de abominables vicios. Entonces, como los naufragos que ven en lontananza la nave, esperanza de su salvacion, imploran la clemencia del Omnipotente y el auxilio de su razon divina; y Dios, cuya suprema bondad no tiene límites, escucha propicio la humilde plegaria de los hombres, y les inspira su idea, les comunica su santa palabra. Hé aquí, hijos mios, la necesidad de la revelacion, comprobada en Abraham, en Moisés, en los Profetas, en Jesucristo, que vino como Hijo del Eterno Padre á comunicarnos la buena nueva; en los Apóstoles, que recibieron el legado de su doctrina; en los Santos Padres que defendieron y explicaron el dogma cristiano y combatieron la herejía, y en cuantos predicadores y misioneros evangélicos han seguido sus huellas. Pensad, hijos mios,

en la lamentable situacion de la humanidad, cuando Dios reveló su palabra á Moises, y escribió la ley á que debia someterse el pueblo hebreo: los israelitas vivian oprimidos y sufriendo la suerte de esclavos durante el reinado de los Faraones, en medio de pueblos idólatras y entregados al sensualismo; y en vista de este hecho os penetrareis de la necesidad de la revelacion á los elegidos por Dios para constituir una nacion que habia de ser depositaria de la verdad, conducida por medios sobrehumanos á la tierra de promision, consagrada á un culto puro, y no contaminado con sacrificios humanos, y que habia de guardar con fe y con un celo inimitable el divino tesoro de la ley antigua, encerrada en su arca santa. Contemplad asimismo el deplorable estado á que habia llegado el imperio romano en su época de decadencia; la tiranía de los dominadores, la triste suerte de los pueblos vencidos, la inmoral administracion de los pretores, la vida sibarítica y caprichosa sensualidad de los patricios, la corrupcion de las matronas romanas, la desmoralizacion de todas las clases de aque-

lla sociedad envejecida por el vicio, y concebireis cómo al derrumbarse aquel colosal y vetusto edificio minado por sus cimientos, era necesaria la intervencion de la razon divina. Apareció Jesucristo en el reinado de Tiberio, predicó su doctrina santa, la nueva ley, el código moral de la humanidad, sellando con su sangre la verdad de su divina palabra. Aquel pueblo caduco y desmoralizado, no le creyó, ni escuchó la voz de los Apóstoles, y condenó á los cristianos á ser presa de las fieras en los circos, y á los mas horribles martirios. Era, pues, indispensable que aquel pueblo, apegado á su sensualidad y á su idolatría, abriese paso á pueblos nuevos, de inteligencia mas vírgen, de sentimientos mas puros, y que por lo tanto estuvieran exentos de nocivas preocupaciones, y mas dispuestos á recibir el benéfico influjo del Evangelio. Estos fueron los pueblos del Norte, que despues de demoler aquel ruinoso y colosal imperio, asentaron sus reales en Italia y en casi toda la Europa. Hiciéronse creyentes, y adoptaron la religion que habia de regenerar su espíritu y el

del género humano, dándonos una nueva civilización. La revelación estaba ciertamente justificada, y sin ella, el espíritu de la humanidad hubiera muerto para el bien y la virtud. Pero no creais, hijos míos, que la revelación, significada en esas dos grandes épocas históricas, ha concluido para la humanidad, no; los hombres, á pesar del origen divino de la ley y de la solemnidad de su promulgación, la olvidan fácilmente en su aplicación á la sociedad, y en las diferentes relaciones con sus semejantes; y la desconocerian tal vez, si el espíritu de Dios no viviese entre nosotros y velase por su conservación. El espíritu divino que descendió sobre los Apóstoles, y convirtió en sábios á unos humildes pescadores, cumpliendo aquel solemne mandato: «Id y predicad á las naciones el Evangelio, enseñadles mi doctrina, y yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos;» el espíritu de Dios es el que ha animado después á todos sus imitadores; á los Padres de la Iglesia, que tan fielmente han sabido interpretar las Santas Escrituras; á los misioneros, que con

sublime abnegacion difunden el Evangelio entre pueblos que le desconocen y viven sumidos en la barbarie y las tinieblas; á los inspirados escritores, que, en nuestros dias, con laudable celo, y llevados del amor de la humanidad, abogan por los fueros de la justicia, el respeto al derecho, la igualdad ante la ley, y levantan su voz en favor de las clases desvalidas, pidiendo para ellas á los gobiernos amparo y proteccion.

## **La verdad del cristianismo.**

Publio Léntulo, gobernador de Judea, decia al Senado romano: «Que vivia en aquel tiempo (durante el imperio de Tiberio) un hombre llamado Jesus, que los bárbaros le apellidaban Profeta, y sus sectarios le consideraban descendiente de los dioses inmortales; que era de rostro dulce y simpático; prudente, modesto y sabio; que no reia nunca; lloraba con frecuencia; reprendia con majestad; exhortaba con dulzura; curaba á los enfermos y resucitaba los muertos: por último, que por su gran belleza y su divina perfeccion, excedia á los hijos de los hombres.» Este retrato, hecho por Publio Léntulo, está muy en armonia

con lo que nos dice la tradicion, y es un hecho de gran valor para los que pudieran considerar á Jesucristo como una figura histórica ideal, y que no habia existido mas que en la mente de los primeros cristianos. El sentido comun rechaza, por otra parte, esta suposicion, que no ha podido caber mas que en la imaginacion delirante de los que hacen ridiculo alarde de exagerado escepticismo; pues no era posible que los evangelistas se hubiesen puesto de acuerdo para escribir su historia, estando tan conformes en los principales hechos, y que la humanidad en aquellos tiempos hubiese aceptado sin contradiccion tan quimérica superchería.

Si á la luz de la razon, de la lógica y del sentido comun, no puede negarse que Jesus haya existido, menos puede dudarse de su divino origen. En efecto: demos una breve ojeada á la historia de su vida, y nos convenceremos de esta verdad. Jesus nace en Belen, no en regio alcázar, ni bajo ricos artesonados, ni rodeado del fausto y de la opulencia, sino en un establo, te-

niendo unas pajas por lecho, honrando la pobreza y enseñándonos que la dignidad del hombre es igual, ya nazca en humilde, ya en noble cuna. Se educa modestamente á expensas del trabajo de un pobre carpintero, y á pesar de no recibir instruccion en la ciencia humana de su siglo, se le encuentra siendo aún niño en la Sinagoga, discutiendo con los doctores de la ley y admirándolos con su palabra. Pasa despues en humilde oscuridad hasta los treinta años, en que empieza su predicacion, y los pueblos se desbandan y van en su seguimiento, pendientes de sus labios y ávidos de escuchar su palabra, como voz del cielo. No halaga las pasiones, sino que las combate; no predica el sensualismo, sino que le persigue; no ofrece riquezas ni tesoros, porque es pobre y su reino no es de este mundo; y sin embargo, siguen sus pasos y no le abandonan. Limitase á ofrecer consuelos morales á todos los que sufren, á los que lloran, á los que no alcanzan la recompensa de su virtud. «Bienaventurados, les dice en el sermón de la Montaña, los que lloran, porque ellos

serán consolados; los que tienen sed de justicia, porque ellos serán hartos; los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia; los humildes, porque ellos serán ensalzados.» Elige por discípulos, no hombres de ciencia, de poder y prestigio para autorizar su doctrina y hacer que sea mas fácilmente aceptada; sino pobres pescadores, dóciles á su voz, sumisos á sus mandatos, animados de gran fé para seguir su ejemplo é imitar su abnegacion. Y estos hombres humildes, hijos del pueblo, son los que le ayudan á cumplir la obra que le habia encomendado su Eterno Padre. ¡Leccion sublime para los sabios, cuyo orgullo muchas veces extravía su entendimiento y entibia su fé! Jesus manda adorar á Dios en espíritu y verdad, y amar á los hombres como á nuestros hermanos; persigue con incansable afán la hipocresía de los fariseos que creían cumplir la ley con las solemnes ceremonias del culto, desentendiéndose de arreglar sus obras á los santos principios de justicia y caridad; perdona las injurias, y lleva su abnegacion hasta el punto de

rogar por sus enemigos. «Haced bien, dice, á vuestros enemigos; amad á los que os aborrecen; orad por los que os persiguen y calumnian.» Da admirable y sorprendente solucion á los problemas que con mala fé le ofrecen los que le persiguen. «¿Conviene pagar tributo al César?» le preguntan; y contesta: «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.» Le presentan la mujer adúltera, y le preguntan: «¿Qué hacemos con ella? La ley la condena á morir apedreada;» y repone: «Si hay entre vosotros alguno que no haya pecado, que arroje la primera piedra.» No se desdena de recibir á todas horas pecadores arrepentidos, de compadecer sus debilidades y miserias, y de perdonarlos en nombre de su Padre que está en los cielos. Perdona á la Magdalena arrepentida, que se postra de hinojos ante él, llora sus pecados, y derrama sobre sus pies riquísimos perfumes; como buen Pastor, recibe á sus ovejas descarriadas; como Padre cariñoso y tierno, abraza al hijo pródigo que consideraba perdido. Además de enseñar estas sublimes verda-

des, no quiere que su vida sea estéril para la humanidad, y se afana en sembrar el bien do quiera que se encuentra, en enjugar lágrimas y derramar beneficios. Con el inmenso poder que habia recibido del cielo, restituye la vista al ciego de Jericó, cura al paralítico de la piscina y al siervo del centurion, que imploran con fé su clemencia; manda á Lázaro, que yacía en el sepulcro y cuyo cadáver ya hedía, que se levante, y Lázaro obedece su voz omnipotente, con admiracion de los que lo presencian y grandísimo placer de sus desconsoladas hermanas.

Es acusado como sedicioso, y calumniado como perturbador del órden público, embaucador del pueblo y profanador de su ley, y no se defiende; es ridiculizado y se hace vergonzosa caricatura de su supuesta pretension de rey; es ajada su dignidad; es maltratado su cuerpo; y sin embargo, no pronuncia una queja, ni zahiere, ni maldice á los que le injurian. En un injusto tribunal, á pesar de no encontrar en las acusaciones cargos fundados ni delito probado, se da el

escandaloso ejemplo de condescender con los deseos del pueblo, y se le condena á morir en la Cruz. Sube al Calvario resignado y tranquilo, sin temor al horrible martirio que iba á sufrir; encomienda su alma á su Eterno Padre, y pide por sus enemigos, por los que le hieren y maltratan, diciendo: «Perdonadlos, que no saben lo que hacen.» Considerad, hijos míos, si tanta virtud, si tan sublime resignacion, si muerte tan ejemplar, si abnegacion tan grande no revelan su divinidad. Preguntad á los hombres de razon clara y no ofuscada por la preocupacion ó las pasiones, á los de corazon sencillo, á los ignorantes y á los filósofos, y os contestarán unánimes: «El que así vivió y murió no podía ser hombre.»

Y si de la contemplacion de su vida pasamos al proselitismo de su doctrina y á su propagacion, encontraremos con igual evidencia demostrada su divinidad. Despues de la muerte de Jesus, el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, diciéndoles: «Id y predicad á las naciones

el Evangelio; enseñadles mi doctrina, y yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Aquellos hombres sencillos y de inteligencia no cultivada, recibieron la luz del cielo y se sintieron transformados, llenos de ardiente fé y dispuestos á ser dignos imitadores de Jesucristo. Se diseminaron entre los gentiles, y sin otras armas que su razon y elocuente palabra, continuaron la predicacion que habia empezado Jesucristo; y sufriendo el martirio por confesar lo que habian visto y oido, sellaron con su sangre la verdad de su doctrina. Los numerosos cristianos que profesaban su fé y seguian su ejemplo y sus virtudes, fueron tenazmente perseguidos por los emperadores romanos y condenados á los mas horribles tormentos: tuvieron que huir á las catacumbas para poder consagrarse á la oracion y á las ceremonias de su culto; y haciendo pública confesion de su religion, sufrían impávidos la muerte, con un valor que espantaba á sus tiranos. La persecucion, lejos de extinguir la religion del Crucificado, no hizo mas que aumentar sus

prosélitos, hasta que Constantino la adoptó y pudo profesarse públicamente. Desde entonces los límites de su dominio han ido ensanchándose por toda la haz de la tierra, merced á la elocuente voz de los Padres de la Iglesia, y á la generosa y sublime abnegacion de los misioneros. Esta propagacion tan rápida y sorprendente de la doctrina de Jesucristo á impulso de los Apóstoles y sus sucesores, luchando con el sensualismo, con el vicio y las malas pasiones de los hombres, es, en mi concepto, una prueba irrecusable de la divinidad de su origen.

Meditad, hijos míos, estas reflexiones, y creo que serán útil enseñanza para vosotros; ellas servirán para robustecer vuestra fé, si algun dia por desgracia, lo que no espero, en la borrascosa edad de las pasiones llegase á vacilar y á necesitar el apoyo de la razon.

**El catolicismo satisface todas las necesidades morales del hombre.**

El catolicismo es una obra completa: creencias, culto, gerarquía clerical, deberes de los fieles, todo se halla previsto; todo está subordinado á una legislación uniforme y admirablemente combinada. Es un edificio de regulares proporciones, de sorprendente simetría, cuyas partes están íntimamente unidas á favor de un enlace sábiamente dispuesto y que constituye su solidez.

No hay necesidad moral que no sea atendida: él sale al encuentro de la aurora de nuestra vida, nos bendice al nacer y nos purifica con el agua bautismal. Nos apellida con el nombre distinguido del que por sus virtudes ha merecido bien de la Iglesia, la palma del martirio ó los honores de la

santidad, constituyéndole desde aquel momento en protector nuestro. El confía nuestra guarda á un ángel, á uno de esos espíritus puros que viven en la mansion celeste, y que en himnos purísimos y melodiosas armonías cantan la gloria del Eterno. Este ángel tutelar vela por nosotros en la cuna, guía nuestros pasos en la infancia, nos acompaña en la edad de la razon, señalándonos los escollos y peligros de nuestra azarosa vida, y se halla á nuestro lado cuando yacemos en el lecho del dolor, y la inexorable muerte viene á decirnos que ha concluido nuestra peregrinacion en la tierra.

Más adelante, cuando entramos en la edad de la razon, nos acerca al tribunal de la penitencia, donde el venerable sacerdote, en nombre de Dios, perdona, lleno de santa uncion y de ilimitada misericordia, nuestras faltas y debilidades, y nos invita á aproximarnos al altar á comer el pan de los ángeles.

Llega la época memorable de cambiar de estado, de elegir quien comparta con nosotros los

goces y penalidades de la vida; quien participe de nuestros dolores, nos aliente en nuestras adversidades, nos asista en nuestras dolencias, dulcifique nuestras amarguras, viviendo en santa paz y unidos en los vínculos de la mas íntima fraternidad; y el sacerdote, al pie del altar, é implorando con nuestro favor la proteccion divina, bendice esta nueva situacion de la vida, y pide al Padre comun de todos los fieles nos colme de mercedes y felicidades.

Cuando nuestros dias se hallan cumplidos, y el dedo del Omnipotente nos ha señalado para que abandonemos esta mansion terrestre, el sacerdote se encuentra tambien allí para fortificar nuestra fé, para curar las heridas de nuestro corazon, para derramar sobre nosotros el bálsamo consolador de la esperanza, levantando los ojos al cielo y señalándonos la morada celestial, donde el dolor tiene término, donde acaban nuestras miserias, donde veremos á aquel que es fuente de toda verdad, de toda perfeccion y de toda ventura.

El catolicismo presenta además en los altares á la pública veneración á los Santos y Santas: varones eminentes en virtud que han dedicado toda su vida al cumplimiento de los deberes morales, instruyendo á los niños, socorriendo á los pobres y asistiendo enfermos en los sagrados asilos de beneficencia; mujeres no menos dignas de admiración que han vivido solo para hacer bien, y que con noble desprendimiento han empleado sus días en obras de caridad y de sublime abnegación. Injustamente se ha dicho por algunos que eran los Santos objeto de idolatría para el católico: solo el fanatismo puede dar esa interpretación torcida al pensamiento de la Iglesia, que los considera únicamente como intercesores de Dios para poder alcanzar por su conducto los beneficios que deseamos nos sean otorgados.

Por fin, el catolicismo nos ofrece á María, Madre de Jesús, tipo bellissimo de inmaculada pureza, modelo de virtud, ejemplo de resignación, dechado de perfección, consuelo de todos los que lloran, esperanza de los que sufren, protectora

de todos los desvalidos ; del pobre, cubierto de harapos y que mendiga el pan de cada dia ; del enfermo, que pide siquiera una tregua á sus acerbos dolores ; del que tiene herido y lastimado el corazon por inevitables desgracias. A Maria ruegan con vivísima fé todos los católicos ; á su amor maternal , á su ternura recurren en los tristes acontecimientos de la vida , con la firme esperanza de ser oídos , de ser escuchados benévolamente , y de que la Providencia se manifieste propicia á sus humildes súplicas.

La religion católica , que con tanto celo y diligencia ha ocurrido á las necesidades morales de los individuos , no ha mirado con menos predileccion las de los pueblos ó sociedades que la profesan. En todos los grandes acontecimientos sociales ; en la creacion de instituciones notables, obras de pública utilidad, calamidades, epidemias, la religion interviene con su benéfico influjo : unge á los señores de la tierra á su advenimiento al poder ; bendice la inauguracion de las obras públicas, caminos, canales, puertos ;

implora la misericordia divina, cuando las pestilencias invaden y devastan las poblaciones; pide la proteccion del cielo para todo lo que puede ser útil y conveniente á los intereses de la humanidad.

Por esta breve reseña que os he hecho, hijos míos, habreis podido convenceros de que el catolicismo es una religion que no olvida ninguna de nuestras necesidades, que se anticipa á todos nuestros buenos deseos, y que ocurre con santo celo al remedio de todos nuestros males. A pesar del transcurso de los siglos, del embate de las revoluciones políticas, de la lucha porfiada de las sectas disidentes, permanece en pie como la roca que sin conmoverse sufre el violento empuje de las olas que vienen á romperse en ella; como la encina secular que el terrible huracan no ha podido hacer vacilar, ni socavar sus hondas raices; como las altísimas montañas que cruzan en diferentes direcciones los continentes, y ven á su lado nacer y morir infinitas generaciones, sin que la mano del tiempo haya podido grabar en

ellas profunda y marcada huella. Así tienen prodigioso cumplimiento las palabras del Salvador á Pedro, asegurándole que el infierno no prevalecería sobre su Iglesia.

### **La oracion.**

¡Qué dulce es orar! ¡Qué grato para el alma elevar su contemplacion á Dios, agradecerle sus beneficios, y hacerle presentes nuestras necesidades y dolores, nuestras penas y amarguras! Sin la oracion ¿qué seria el hombre? ¿Qué seria nuestra frágil y mísera existencia? Zozobrando siempre entre escollos, luchando entre el bien y el mal, sufriendo nuestra razon el embate de las pasiones, caeríamos rendidos de fatiga, angustiados por el dolor; nuestro entendimiento se veria envuelto en tinieblas sin columbrar la esperanza, y nuestro corazón se marchitaria sin dar entrada á los dulces afectos que embellecen el árido ca-

mino de la vida. Orad , hijos míos, cuando la aurora venga á anunciaros un nuevo día ; cuando el sol se acerque á su ocaso ; cuando os sentéis á la mesa á comer el pan bendito de cada día ; cuando os agobie la tribulacion ; cuando os entregéis al placer que la Providencia nos concede en compensacion del dolor ; en todas las situaciones importantes de vuestra vida , en todos los acontecimientos que decidan de vuestro porvenir. Orad como oraban los Apóstoles , y repetid sus sencillas y significativas palabras ; no hay oracion que iguale al Padre nuestro en la expresion de nuestras necesidades y de nuestros deberes : en él manifestamos lo que debemos á Dios y lo que debemos á los hombres , nuestros hermanos. Orad con fé , y si es pura vuestra intencion y santo vuestro deseo , confiad en que Dios os oirá y no os olvidará ; porque no olvida nunca al que humildemente implora su clemencia. No exijais lo que no debeis pedir , es decir , la satisfaccion de lo que vosotros creéis que conviene á vuestra felicidad , porque os exponeis á pedir cosas injustas

ó inconvenientes ; someted siempre vuestra voluntad á la de vuestro Padre, que está en el cielo, y sufrid con resignacion el resultado. No os quejéis nunca de la Providencia por obstáculos que encontreis en vuestro camino, y por males que los acontecimientos de la vida os proporcionen: tened entendido que no hay situacion en la vida á que el mal no lleve su fatal influjo, y acostumbraos á atribuir los acontecimientos siniestros á la debilidad humana, á las condiciones de la sociedad y á las de vuestra misma naturaleza. Guardaos de pedir lo que puede servir de ofensa ó daño á vuestros hermanos; porque Dios, en su infinita bondad y justicia, no se presta á ser instrumento del mal, ni se muestra propicio á escuchar los votos injustos de los hombres. No ofrezcais al orar mas que un corazon sencillo, una intencion pura, y el ferviente deseo de hacer bien á los desdichados, porque á Dios no pueden ser gratas otras ofrendas; y no es ciertamente el interes el que puede inclinar su ánimo en favor de nuestros deseos, sino la justicia de nuestra súplica.

ca. La oracion, hijos mios, hecha de este modo, será el mas grato homenaje que podais ofrecer á Dios y el mas dulce consuelo en vuestras aflicciones.

### **La limosna.**

Uno de los más sagrados deberes que tenemos para con nuestros hermanos, es el de dar nuestro óbolo al pobre que implora nuestra caridad. No despidais nunca, hijos míos, con desden ó ceño al desdichado que se acerca á la puerta de vuestro hogar á pedirnos un pedazo de pan, porque os le pide en nombre de Cristo, que es nuestro Padre. Pero al hacer limosna, que no mueva vuestro corazon ninguna pasion bastarda ni interés mundano, sino el deseo de hacer bien y de socorrer al desvalido. Procurad tambien, como nos aconseja el Evangelio, que vuestra mano izquierda no sepa lo que hace vuestra derecha; por-

que si haceis pública ostentacion de beneficencia, en verdad que recibisteis vuestra recompensa en la satisfaccion de una pasion mundana, la vanidad. No olvideis tampoco que vuestros socorros no deben ser el apoyo de la vagancia y de la ilegítima mendicidad: reservadlos para el huérfano, para el anciano, y para el hombre, aunque joven, que se encuentra inhabilitado para el trabajo: la limosna hecha de este modo con discernimiento, sin dejar de ser meritoria para Dios, será provechosa y moralizadora para la sociedad. No temais que la pobreza os agobie por vuestra caridad, ni que os falten los recursos necesarios para la vida que prodigais al pobre, porque la Providencia cuidará de aumentar y multiplicar lo que empleeis en cumplir tan santo deber. Es tal, respecto de este asunto, mi fé, que creo que Dios no solo premia en nosotros la virtud de la caridad, sino que su remuneracion se estiende á nuestros descendientes. Y es esto tan cierto, que el primer pensamiento que asalta mi mente cuando socorro al pobre, es decirme: « ¡Quién sabe si

mis hijos se verán en tan triste necesidad!» Y mi corazón responde inmediatamente: «Ellos serán también socorridos; ellos encontrarán asimismo compasión para sus desgracias.» Esta voz del corazón no puede ser falaz: es la voz de Dios que nos impele á la caridad, y que ha querido hacerla mas dulce, despertando en nuestra alma esa consoladora idea y ese grato sentimiento. Socorred, pues, con fé, en proporcion á vuestra fortuna, sin el pueril temor de que os falte lo que habeis menester para vuestras necesidades. Si practicais la caridad del modo que dejo manifestado, no dudeis que recibireis las bendiciones del cielo y que oireis estas palabras de Jesucristo: «Venid, benditos de mi Padre, á la mansion de eterna ventura, porque tuve hambre y me dísteis de comer; tuve sed, y me dísteis de beber; me visteis desnudo y me vestísteis.»

## **PARTE SEGUNDA.**

---

### **PENSAMIENTOS MORALES.**



**La tranquilidad de conciencia es el supremo bien durante la vida.**

La célebre escuela estóica, separándose del camino de la observacion y engolfándose en el campo de las abstracciones, pretendió mutilar al hombre; arrebatándole sus afecciones, secando su corazon, haciéndole impasible y extinguiendo el sentimiento que es una parte de su ser. Pero si es cierto que ha sembrado este funestísimo error, incapaz por lo absurdo de arraigarse en las creencias de la humanidad, no puede negarse que en el terreno de la razon ha establecido principios indestructibles y consignado eternas verdades. No es menos evidente que su doctrina ha enaltecido de tal manera á algunos hombres naci-

dos para la virtud, que con justo motivo se consideran como figuras históricas inimitables, asombro de las pasadas edades y admiracion de los venideros siglos.

Considerando la felicidad humana bajo su verdadero punto de vista, en relacion con su destino en la tierra, y que en virtud de un principio de justicia que honra á la Providencia, todo hombre debe tener derecho á ella, asientan los estóicos el grande y trascendental principio de que á todos han sido otorgados los medios de alcanzarla. Salud, riqueza, honores, estimacion pública, es, segun su sentir, ajeno á la felicidad del hombre; porque es eventual, contingente, accidental é independiente en muchos casos de su voluntad. El hombre no dispone á su albedrío de la nobleza de su cuna, de las condiciones de una organizacion sana ó enfermiza; no domina los quebrantos y vicisitudes de la veleidosa fortuna; no es dueño de la opinion de sus contemporáneos ni de la posteridad: por lo tanto, la felicidad que se le ha dispensado, no puede consistir en tan

eventuales y frágiles bienes. La felicidad del hombre está dentro de sí mismo ; en su razon y en su conciencia : su pensamiento es libre , y no hay poder humano que pueda oprimirle ni tiranizarle. Las ideas que nacen y brotan en su inteligencia; las opiniones que acepta; las creencias que adopta, están colocadas en un recinto donde no puede llegar ninguna influencia externa; están defendidas por una muralla de bronce inaccesible á todo poder y á toda violencia. Por esta causa las creencias nunca han podido imponerse á la humanidad , y la razon ha protestado contra esa brutal injusticia , y demostrado la esterilidad de la tiranía. Los cristianos en las catacumbas , los mártires en los circos de Roma , han desafiado el poder de los tiranos que pretendian colocar su mano de hierro sobre las conciencias , y que obediesen su voz , y reconociesen su dominio. Por esta causa tambien Galileo, obligado á retractarse de sus opiniones sobre el movimiento de la tierra, pudo decir delante de sus estúpidos tiranos: *é pur se muove.*

La voluntad, como facultad del alma, es libre tambien para querer ó no querer, para aborrecer ó amar, para adoptar la resolucion que esté mas en armonía con sus ideas ó sentimientos; la coaccion no puede alcanzarla en lo que tiene de subjetivo, si bien puede estorbar la realizacion de sus proyectos y la ejecucion de sus deseos en el mundo material: de modo que ni la seduccion ni la violencia pueden dominar sus aspiraciones, mientras no salgan de la sagrada mansion del espíritu humano. Y áun preciso es confesar que en el mundo exterior ú objetivo, una voluntad fuerte é impulsada por una íntima conviccion, se abre paso en medio de los mas poderosos obstáculos y de las mas irresistibles contrariedades. El gran Colon mendigando proteccion á los soberanos de Europa, despreciando amargas censuras é injustas diatribas, desafiando el poder de los elementos, el furor de las olas, resistiendo la debilidad, las malas artes y las imprecaciones de los que le acompañaban en su peregrinacion por mares desconocidos, hasta descubrir un Nuevo Mundo; el

valiente Hernan-Cortés , quemando sus naves tan luego como arribó á las costas de Méjico ; el intrépido Pizarro , conquistando el Perú con un puñado de valientes, héroes los tres que pertenecen á la época mas gloriosa de nuestra historia , son ejemplo irrecusable de los notabilísimos hechos y de las extraordinarias proezas de que es capaz el hombre cuando le anima una voluntad firme y enérgica. Así que, en concepto de los estóicos, podemos ser felices, cualesquiera que sean las condiciones que nos rodeen , nuestra posicion y las vicisitudes de nuestra fortuna. Epitecto, pobre y esclavo , era feliz dentro de sí mismo , cumpliendo con lealtad sus deberes, sufriendo con resignacion su suerte y bendiciendo á la Providencia. Sócrates , defendiendo la unidad de Dios y despreciando la muerte por sostener sus convicciones , bebe impasible la cicuta , y pasa sus últimos y venturosos momentos en departir con sus amigos sobre la inmortalidad del alma.

Esta es la ventura de los estóicos , esta su doctrina , que por cierto no está en contradiccion

con las verdades de nuestra fé: la dulce satisfaccion que proporciona el cumplimiento de los deberes morales, la apacible calma que posee el justo. Por mas que la humanidad corra desalada en pos de los placeres sensuales, del oro, de la gloria militar, de las distinciones honoríficas y de todo género de frivolidades, haciéndose la ilusion de que ha de encontrar en ellas su felicidad, siempre será cierto que la dicha que busca es quimérica, y que no encontrará por término de sus deseos y aspiraciones mas que el error y amargos desengaños. Entréguese el hombre al brillo fascinador del oro, y por mas que acumule, nunca saciará su sed de riqueza el avaro; busque con incesante afan todo género de placeres, y por mas que los varíe y procure darles novedad, ellos le conducirán al hastío; encomie y ensalce la gloria militar, siempre la corona del triunfo ofrecerá entre las hojas de laurel y encina manchas de sangre humana; desee con avidez toda clase de blasones y honores, que debieran ser justa recompensa del mérito, y no faltará quien lle-

vándolos en su pecho los profane y degrade. No pueden, pues, constituir estos que el mundo llama bienes, la felicidad del hombre : convenceos, hijos míos, de estas verdades, y buscad la felicidad que la Providencia nos otorga durante la vida, donde podeis encontrarla, dentro de vosotros mismos, en el cumplimiento de la ley moral y en la tranquilidad de vuestra conciencia.

## **De la felicidad humana, en relacion con las diversas categorias sociales.**

Discordes han estado siempre las opiniones de los hombres acerca de esta cuestion capital, dependiendo, como sucede generalmente, la diversidad de pareceres de la diferente acepcion que se ha dado á la palabra felicidad. Los que solo juzgan de las cosas por su superficie; los que no ven mas que las apariencias; los que no se toman el trabajo de penetrar en el fondo de las cuestiones, y de estudiarlas bajo todos los puntos de vista que pueden ofrecer, se colocan en dos opuestos extremos, igualmente distantes de la verdad. Creen unos que el hombre, como los demas seres creados, puede realizar en la tierra to-

das sus aspiraciones, cumplir todos sus deseos y satisfacer todas sus necesidades; y que por lo tanto puede alcanzar la ventura que está en relacion con su destino. Pretenden otros que el hombre es un ser débil que ha nacido para llorar y sufrir; para experimentar continuamente el embate de las pasiones y obrar á merced de su impulso; para luchar con obstáculos que no están al alcance de su prevision y que frustran sus proyectos; para correr desalado en pos de un bien que nunca halla. Los primeros ven la felicidad en la posesion de bienes materiales, en los goces sensuales, en conquistar una alta posicion, en adquirir gloria científica ó literaria, en merecer honoríficas distinciones. Los segundos ven su desventura en el dolor físico y moral, en las enfermedades, en la muerte, en la pérdida de sus deudos, en la infidelidad de los amigos, en la ingratitude de los que han recibido beneficios, y en cuantas escenas ofrece la vida, de amargura, de tristeza, de perfidia y de abyeccion.

Ya antes he indicado que una y otra opinion

entrañaban el error, nacido de considerar la felicidad humana bajo un punto de vista inexacto. No puede desconocerse que en todas las cosas humanas hay un lado favorable y otro desfavorable; y que el juicio que se forme considerando uno de ellos ha de ser necesariamente truncado, incompleto y desprovisto de exactitud. Así acontece, en verdad, al contemplar la felicidad del hombre en su terrestre mansion: creado por Dios y dotado de facultades, encuentra los medios de desenvolverlas y emplearlas útilmente; tiene deberes que cumplir y derechos que disfrutar; trabaja, y el sudor de su rostro le produce para su subsistencia y para hacer prudentes ahorros con los que adquiere propiedad; se une con indisolubles lazos á la mujer que ama, y constituye familia en cuyo seno encuentra dulcísimas satisfacciones, compensadas á veces por dolorosos sufrimientos; la sociedad en que vive garantiza su seguridad y libertad, pero al mismo tiempo le impone obligaciones, á las que no puede faltar impunemente; en el trato comun de la vida encuentra amigos



que le son leales, y otros que le son infieles: acontecimientos casuales que le ensalzan y aumentan su fortuna y consideracion, y otros que le deprimen y rebajan; circunstancias aciagas que hacen fracasar sus mejores pensamientos y mas bien combinados cálculos, y sucesos inesperados que favorecen sus designios y parece que se anticipan á sus deseos. De manera que, á decir verdad, la felicidad del hombre en la tierra es relativa, incompleta: y ciertamente no podia ser absoluta, pues esta no se encuentra sino en Dios, y al hombre no le es dado realizarla sino cuando su alma, libre de los vínculos materiales que la unen al cuerpo, pueda volar á la mansion del Eterno y participar de su celeste ventura.

Siendo este hecho evidente, surge de estas consideraciones la necesidad de averiguar, de qué modo podremos mas fácilmente alcanzar la felicidad relativa que es compatible con nuestro destino durante la vida.

Recorramos por un instante en nuestra mente las diversas posiciones de la escala social: estu-

diemos lo que la humanidad llama bienes y males, y la razon nos conducirá al conocimiento de la verdad.

Hay en las sociedades humanas una clase privilegiada que lo debe todo á su cuna, á su procedencia: riquezas, honores, un nombre ilustre, posicion holgada, todo género de comodidades, y á pesar de ser tan favorecida de la suerte, preciso es confesar que no es la mas feliz. Sus necesidades aumentan en proporcion de los bienes con que cuenta para satisfacerlas; sus goces son transitorios y fugaces por lo mucho que se repiten y multiplican; el ocio en que vive la conduce á entregarse sin freno á la sensualidad; la falta de trabajo debilita sus fuerzas y hace enfermiza su organizacion; y la carencia de privaciones y la satisfaccion de sus caprichosos deseos, gasta su vida y le acarrea un estado moral indefinible, en el que descuellan principalmente el hastio y el tedio.

Hay otra clase desdichada que procede de humilde y pobre cuna, á la que rodean la desnu-

dez, la miseria, las privaciones y los sufrimientos; que á duras penas adquiere con su trabajo el pan que ha de sostener sus fuerzas; que vive á la intemperie sufriendo los efectos del rigor de las estaciones; que en sus enfermedades tiene precision de recurrir á la caridad pública ó á los asilos de beneficencia; que no conoce ningun goce de los que la sociedad proporciona á las clases acomodadas; que parece llevar escrito en su destino, *servidumbre, degradacion y pobreza*.

Hay otra, por último, que con el trabajo, con voluntad decidida, con heróica resolucion, en fuerza de afanes y desvelos, adquiere holgura, posicion decorosa, modesta fortuna y merecida consideracion; que hace alternar la honesta distraccion con el trabajo; que limita sus necesidades y sus goces; que gasta lo necesario, y con laudable prevision hace prudentes economias; que no pasa frívolamente los dias en el vicio; que produce lo que puede consumir, y no es onerosa á la sociedad en que vive; que disfruta una tran-

quilidad apacible, sin que la turben borrascosas pasiones, ni fútiles ó peligrosos entretenimientos.

Esta es, á mi juicio, hijos mios, la clase que reúne mayor suma de probabilidades para ser feliz: ella tiene en su favor el mérito de deber su bienestar á sus esfuerzos, á su trabajo y á su inteligencia; ella goza la dulcísima satisfaccion que proporcionan el cumplimiento del deber y la tranquilidad de conciencia.

Aspirad, pues, hijos mios, á colocaros en esta última: á ella podreis llegar por la senda del trabajo, de la honradez y de la probidad.

### **Influjo de la salud en nuestro bienestar.**

No debe sorprendernos que los pueblos paganos rindiesen homenaje y diesen culto á la diosa Higia, como encargada de velar por la conservacion de ese bien de tan inestimable precio. En los actuales tiempos, aunque no se tributa culto profano á dioses imaginarios, los individuos, así como los pueblos, conocen la inmensa importancia de la salud; y los gobiernos que están á la altura de su mision, se apresuran á adoptar cuantas reformas reclama la higiene pública en beneficio de la sociedad.

No me propongo tratar de la salud en este último sentido, sino bajo el punto de vista puramente individual, en la seguridad de que las verdades que establezca serán aplicables y de no escaso interés á los pueblos, considerados estos como seres colectivos, compuestos de individuos y familias.

Es un hecho evidente que el hombre no puede corresponder al objeto de su destino, sino poniendo en ejercicio las facultades de que ha sido dotado: inteligencia, sentimiento, fuerza física; que en esta actividad que despliega habitualmente se despiertan necesidades que han de ser satisfechas: el hambre, la sed, el sueño, que nos inducen á proporcionarnos el alimento que ha de reparar las pérdidas de nuestros órganos y el descanso necesario para la restauracion de las fuerzas. En la imperiosa satisfaccion de estas necesidades debe haber orden y la conveniente limitacion señalada por el instinto, sin cuya circunstancia nos entregariamos á una desmesurada gula, á la torpe sensualidad, y seríamos vícti-

mas de nuestros mal entendidos placeres. Por desgracia la civilizacion, en medio de los inmensos bienes que nos ha proporcionado, ha creado multitud de facticias necesidades, y conducido al hombre á repetir sus goces, variándolos extraordinariamente, á fin de sostener siempre vivo su deseo; sin reparar que de esta manera se gasta la vida de los órganos y se adquieren no pocas enfermedades que acibaran nuestra vida. Dedúcese de lo expuesto que la frugalidad es una condicion necesaria para la conservacion de la salud, y que si faltamos á ella, no lo haremos impunemente; pues la naturaleza tiene una lógica mas inflexible que la de los hombres, y á nadie es permitido evadirse de sus leyes.

Otro tanto podemos decir del sentimiento: él es fuente de dolor como de placer para el hombre; sin él no se concibe nuestra existencia; es el móvil de nuestras acciones y deseos, el alma de nuestras obras; pero tampoco nos es lícito abandonarnos á él sin límite. La Providencia nos ha

concedido un regulador para moderarle, que es la razon: colocada esta en una esfera mas elevada nos indica hasta dónde podemos llegar, y en qué punto debemos detenernos. Y si no fuera por esta sublime facultad, caminaríamos como nave sin piloto, y nos veríamos expuestos á tocar frecuentemente en peligrosos escollos. Las dulces como las tristes afecciones, cuando son exaltadas y duraderas, colocan al sistema nervioso en tal estado de tension, que no puede menos de ceder á su violencia, y quedar en un estado de postracion y abatimiento que haga fácil y hacedero el desenvolvimiento de graves dolencias. Por lo tanto, la conservacion de la salud exige que el sentimiento se someta á la razon, que es su justa moderadora. La inteligencia, nobilísima fácultad que nos distingue principalmente de los demas seres creados, no puede desplegar su actividad de un modo incesante y no interrumpido: este sublime trabajo del alma requiere indispensablemente el ejercicio de los órganos que son sus instrumentos, y como partes mariales de nuestro ser se cansan, consu-

men su energía, y necesitan de reposo para adquirir nuevamente su potencia. Así que, los trabajos del espíritu llevados al exceso y sin medida, son también origen de enfermedades, que, aunque primitivamente correspondan al alma, se reflejan sobre la organización y acarrear lesiones materiales difíciles de vencer.

El ejercicio muscular, que constituye la principal potencia en las artes y en la industria, y que es indispensable bajo diversas formas para la conservación de la salud, consume inervación, y exige reparación conveniente y descanso; sin cuyas condiciones las fuerzas se agotan y sobreviene el colapso, que es causa también de numerosos males.

He procurado establecer estos principios, demostrados por la ciencia como axiomas, para deducir sus naturales y lógicas consecuencias.

Si quereis, hijos míos, conservar vuestra salud, sed parcios en la mesa, sobrios en los placeres, moderados en vuestras afecciones; trabajad en proporción á vuestras fuerzas, y sed dó-

ciles á la voz del instinto; dad vado de tiempo en tiempo á vuestras ocupaciones, ora exijan vuestra fuerza muscular, ora reclamen la actividad de vuestra inteligencia, y dedicad algunas horas á vuestro solaz y á un honesto entretenimiento.

Considerad la salud como el mas precioso bien de la vida, como la joya de mas estima, como el mas rico depósito confiado al cuidado é inteligencia del hombre. Ella hace apacibles nuestras horas, venturosos nuestros dias, proporcionándonos esa dulce satisfaccion debida al regular y armónico ejercicio de todos los órganos; ella nos hace tolerable el trabajo, sabroso el mas sencillo alimento, y grata la satisfaccion de todas nuestras necesidades. A ella debemos que nuestro organismo se desarrolle con regularidad, que adquirirá energia y robustez; y que pasando por las diferentes y sucesivas edades, lleguemos á la vejez sin achaques, sin padecimientos crónicos, que tan tristes y amargos suelen hacer los últimos instantes de nuestra vida.

Tened muy presentes, hijos míos, estas breves reflexiones: dad á la salud todo el valor que merece; estudiad con incesante afan el modo de conservarla, y tendreis mucho adelantado para vuestro bienestar.

## **La expiacion.**

Entre las leyes que rigen á nuestro organismo hay evidentemente una expiatoria, que el Supremo Hacedor, en su inmensa sabiduría, nos impuso para nuestra propia conservacion. En efecto: cuando nos entregamos á la gula y comemos mas de lo que podemos digerir, nos vemos castigados con indigestiones é inapetencia prolongada; cuando abusamos de las bebidas alcohólicas, sobreviene la embriaguez y sus fatales consecuencias; cuando ponemos en actividad nuestros órganos largo tiempo, haciendo ejercicio excesivo, el cansancio nos advierte que hemos excedido el límite de nuestras fuerzas. Siendo esta una ver-

dad de observacion, y por lo tanto irrecusable, no lo es menos que existe la misma ley en el órden moral. Nuestras faltas y nuestros extravíos morales llevan consigo dolorosos remordimientos que nos avisan la infraccion de la ley moral, y nos sirven de saludable escarmiento. Y ¿cómo la Providencia, que tan solícita se ha manifestado en la conservacion del órden físico, habia de dejar abandonado el órden moral á la libertad ilimitada del hombre y al rudo embate de sus pasiones? La razon humana, esa luz divina que el Creador nos ha concedido como facultad necesaria á nuestro destino, que es la antorcha que nos guia en el camino de la vida, y el criterio por cuyo medio distinguimos el bien del mal, lo justo de lo injusto, no puede menos de ser el despertador de la conciencia cuando faltamos á la ley moral, advirtiéndonos nuestra lamentable debilidad y desacertada conducta. Y no creais, hijos míos, que se limita la expiacion moral á esos dolorosos ayes del alma, á esa triste congoja y molesta presion que sentimos, cuando nos abrumba el

recuerdo de que hemos faltado á nuestros deberes, y el severo fallo de la justicia que no podemos apartar de nuestra consideracion, por mas que nos esforcemos en conseguirlo, y que nos persigue á todas partes como una pavorosa sombra ó como un horrible espectro; sino que mas ó menos tarde sentimos en nosotros mismos el mal que nos hemos ocasionado ó que hemos hecho á nuestros hermanos. El mal, hijos míos, engendra el mal, así como el bien es fuente del bien. Las buenas semillas no pueden dar malos frutos; y no es menos cierto que de malas semillas no pueden nacer sino yerbas estériles y dañosas. «Sembrad vientos y recogeréis tempestades,» dicen nuestros libros Santos: dígolo esto para que os persuadais de que toda falta moral lleva consigo un mal que necesariamente ha de refluir sobre el que la ha cometido, ya turbando la paz de su espíritu, ya torciendo sus acciones é inclinándolas á malos fines, ya infiriendo daño á su familia ó á la sociedad en que vive, y recibéndole asimismo en virtud de una ley necesaria de

reciprocidad. En virtud de esta ley, si os condenais al aislamiento, no tendreis amigos; si mirais con egoista indiferencia los males de vuestros semejantes, no espereis en los dias de atribucion y de dolor tener quien os consuele; si no teneis abnegacion, no aguardéis encontrarla; si haceis mal á vuestros semejantes, no confiéis que os han de pagar con beneficios. Sed, pues, buenos por convencimiento, porque así cumplís la ley moral, que es la eterna voluntad de Dios: sedlo tambien por vuestro propio interés, pues en el ejercicio de la virtud encontrareis vuestra recompensa y la dulce satisfaccion de obrar bien.

## **El mal bajo el punto de vista filosófico.**

La existencia del mal durante nuestra peregrinacion en la tierra es un hecho positivo é innegable: al viento apacible y blando, al aura suave que nos refrigera en los ardientes dias del estío y que nos presta tan importantes servicios renovando nuestra atmósfera, sucede el violento huracan que tala nuestros campos, arranca de raiz los árboles y derrumba nuestras moradas; la lluvia bienhechora alterna á veces en las primaveras y otoños con el destructor granizo que arrebatata en breves instantes nuestras cosechas, ma-logrando el ímprobo trabajo de muchos meses; los rios de mansa y tranquila corriente se convierten,

durante los equinoccios , en torrentes que con su rápido é impetuoso curso inundan las fértiles vegas , arrollando todo cuanto encuentran á su paso y dejando sumido en la miseria al infeliz labrador, que no cuenta mas que con el producto de su trabajo para el sostenimiento de su familia ; los volcanes en actividad que en la generalidad de los casos, hacen sus erupciones sin que traspasen ciertos límites, vomitan, en otros, rios de lava que sepultan los pueblos contiguos ; los continentes, que habitualmente son tranquila mansion del hombre , se conmueven otras bajo la influencia de corrientes magnéticas ó de erupciones volcánicas, produciendo imponentes terremotos que arruinan poblaciones enteras y dejan enterrados entre los escombros á sus moradores ; la electricidad, fluido imponderable de inmenso poder, que cuando permanece en equilibrio no da lugar á fenómenos sensibles , se desequilibra en ocasiones , y las precipitadas corrientes entre la tierra y las nubes suspendidas en la atmósfera dan lugar al rayo aterrador , que asi mata al hombre y

animales que encuentra en su camino, como deshace la firmísima trabazon de sólidos edificios. Y aunque estas perturbaciones no salgan del orden de la naturaleza ni de sus inmutables leyes, inducen gravísimos daños al hombre y se consideran como verdaderos males. Si de la naturaleza y de los fenómenos que acabamos de mencionar, pasamos á la consideracion del hombre mismo, por do quiera encontraremos el mal sembrando su mala semilla y dejando en pos de sí desastrosos efectos. El hombre, como inteligencia limitada, está sujeto al error, es falible; y aunque ansia la verdad y la busca con incesante afán, el camino es muchas veces tenebroso, y su marcha vacilante, su paso inseguro, exponiéndole á serios peligros y graves contingencias: como ser moral libre y responsable, á pesar de que tiene en su conciencia por norte el bien y la justicia, su débil voluntad le arrastra bajo la seductora influencia de las pasiones, y le conduce á vergonzosos delitos y espantosos crímenes; como ser orgánico á la vez que espiritual, lleva en sí mismo el gér-